

## MICROSISMOS: LOS AFECTOS EN EL MICRORRELATO HISPÁNICO

**José Antonio Paniagua García**

Universidad de Salamanca

*jantopagar@usal.es*

**Sheila Pastor**

Universidad de Salamanca

*sheilap@usal.es*

**Resumen:** Este dossier desarrolla una exploración tentativa del microrrelato hispánico de los siglos XX y XXI como una de las modalidades de acción comunicativa que demanda del lector una reflexión acerca de los vínculos emocionales, sus oscilaciones y las transformaciones que causan en las sociedades. Para alcanzar este objetivo, en primer lugar, se despliega una panorámica del “giro afectivo”, un campo de estudios surgido en la década de los noventa que interpreta la totalidad de los vínculos sensibles como prácticas sociales. A continuación, se delimita un contexto histórico, económico y cultural en que cobra importancia el surgimiento del afecto como imaginario cooptado por el capitalismo tardío, la relación de las emociones y el consumo, la fragilidad de los lazos humanos o el individualismo. Seguidamente, partiendo de una mirada que comprende la literatura como “estructura de sentimiento” capaz de aprehender aquellas expresiones de un tiempo histórico no formalizadas en discurso, pero con la suficiente autoridad como para condicionar las dinámicas sociales, se abordan diversos aspectos del microrrelato que demuestran su idoneidad como laboratorio de representación de lo sensible: entre otros elementos, se consideran aquí su brevedad en tiempos de aceleración, el papel de las emociones del lector o la reinterpretación paródica de los vínculos afectivos a través de diversos recursos. En definitiva, como los cinco artículos reunidos en este dossier demuestran con solvencia, se trata de poner en valor la potencialidad crítica del microrrelato para reflexionar en torno a las posibilidades de resistencia individual y colectiva desde los afectos y las emociones que nos exponen a los otros en un proceso de diálogo cuya inestabilidad y urgencia se sienten hoy como una enorme red de microsismos.

**Palabras clave:** microrrelato, afecto, emoción, estructura de sentimiento, giro afectivo

## MICROSEISMS: AFFECTS IN THE HISPANIC FLASH FICTION

**Abstract:** This dossier develops a tentative exploration of the Hispanic flash fiction of the 20th and 21st centuries as one of the modalities of communicative action that demands from the reader a critical reflection about the transformations derived from the gradual changes that affective and emotional bonds experience in society. To achieve this objective, this work first displays an overview of the “affective turn”, a field of studies interested in the understanding of affects and emotions as social practices. Next, this paper defines a historical, economic and cultural context in which the co-option of the sensitive by late capitalism, the relationship between emotions and consumption, the fragility of human bonds or individualism becomes important. Immediately, from a view that understands literature as a “structure of feeling” that allows us to capture those expressions of a historical time not formalized in discourse, but with sufficient authority to condition social dynamics, various aspects of flash fiction are addressed to demonstrate its suitability as a laboratory of representation of the sensitive: its brevity in times of acceleration; the role of the reader's emotions or the parodic reinterpretation of emotional bonds, among other reasons. To sum up, as the five articles gathered in this dossier demonstrate, this work is about valuing the critical potential of the flash fiction to reflect on the possibilities of individual and collective resistance from the affects and emotions that expose us to others in a process of dialogue whose instability and urgency are felt today like a huge network of microseisms.

**Keywords:** flash fiction, affect, emotion, structure of feeling, affective turn

**DOI:** <https://10.24029/lejana.2025.18.10069>

Recibido: el 15 de enero de 2025

Aceptado: el 15 de febrero de 2025

Publicado: el 28 de febrero de 2025

“Los sismógrafos señalan mi paso por el mundo”  
Vicente Huidobro

## 1. Introducción<sup>1</sup>

En el tratado *Acerca del alma*, el filósofo griego Aristóteles expuso por primera vez en la historia del pensamiento occidental la distinción y jerarquización sistemáticas de los cinco sentidos corporales. Sin duda, uno de los aspectos más reveladores de su propuesta radicaba en su apreciación del tacto no solo como el más primitivo de todos los elementos, sino también como una fuente de inestabilidad de la correspondencia del resto de los sentidos con un órgano anatómico y, por tanto, como un desafío implícito de los pares dicotómicos que articulan la actividad intelectual (Aristóteles, 2003: 172).

A partir de entonces, la vigencia indiscutible que alcanzó esta jerarquía se desplegó hasta cubrir enteramente el período de la modernidad occidental, una etapa de la historia de la humanidad que se puede pensar, por esta razón, en función de una teoría de los sentidos, en cuyo caso, el tacto volvería a ocupar la base de la pirámide como motor de la lógica organizadora del capitalismo que feminizó y racializó durante siglos “los rituales de la vida privada, los espacios del cuidado, el afecto, de la reproducción y la sexualidad” (Preciado, 2022: 258).

Desde este planteamiento, conviene recordar que la atención deliberada a la presencia de lo sensible en el capitalismo se puede encontrar incluso en la obra de Karl Marx a propósito de la relación entre el trabajador fabril, el sistema de producción y los sentidos. Influidor por un pasaje del drama *Fausto* de Goethe en el que se describe el movimiento frenético de una rata envenenada, el economista prusiano propuso que la extracción de la fuerza mecánica del obrero, puesta al servicio de la cadena productiva, convertía el proceso de transformación del valor en capital “en un monstruo animado que comienza a «trabajar» cual si tuviera dentro del cuerpo el amor” (Marx, 2017: 257).

Varias décadas más tarde, el médico Sigmund Freud colocó las emociones en el centro de su método experimental para explicar la cultura moderna como resultado de una contradicción inherente entre el proceso de civilización y la contención de las pulsiones agresivas —entre ellas, las sexuales—, a las que se renuncia por “amor” a una autoridad exterior: la moral social. Sin embargo, ante el superyó, “el deseo correspondiente persiste y no puede ser ocultado” (Freud, 1973: 3056). En consecuencia, el sentimiento de culpa del sujeto ante la dificultad de conciliar civilización y pulsión devino también una clave para comprender la vida psíquica del individuo moderno.

Sin embargo, la culpa o el amor no han sido los únicos ingredientes cruciales para abordar el largo período de la modernidad occidental. Si bien Thomas Hobbes aludió al “miedo continuo” como estado natural de la humanidad —es decir, antes del establecimiento de la sociedad civil y el contrato social—, autores como Norbert Elias llevaron más lejos aún su reflexión y consideraron el miedo como el principal mecanismo de control de las poblaciones, hasta el punto de lograr que cada sujeto particular autorregulase “toda [su] vida instintiva y afectiva” (Elias, 1994: 443).

---

<sup>1</sup> Este monográfico se ha realizado en el marco de las actividades del Grupo de Investigación Reconocido “Tecnología y poder en el pensamiento y las letras” (TePPeL) de la Universidad de Salamanca.

En definitiva, la aparición progresiva de los afectos en la reflexión intelectual y la comprensión de la importancia de la autoadministración como factor del control social pueden considerarse la antecámara de una propuesta reciente que ha denominado “modernidad emocional” al proceso iniciado en el siglo XVIII, potenciado a partir de mediados del siglo XX y aún vigente, cuya lógica se caracteriza por la “conducción de la vida emocional y sexual desde el espacio de la propia interioridad, sin impedimentos del mundo exterior, de modo tal que las emociones, los deseos o las metas subjetivas definidas determinen las elecciones y las experiencias propias” (Illouz, 2021: 19).

Esta última interpretación, que permite ponderar la datación de la modernidad desde criterios innovadores, no ha surgido de manera fortuita o aislada. Por el contrario, la atención creciente al papel de las emociones y los afectos debe situarse en el entramado de una nueva área de pensamiento que hoy se conoce como el “giro afectivo” de las humanidades y las ciencias sociales, cuya eclosión tuvo lugar en la academia anglosajona en la década de los noventa y permeó con notoriedad en las universidades de habla hispana durante los primeros años del siglo XXI.<sup>2</sup>

## 2. Los estudios del afecto y las emociones

A pesar de su breve andadura, este campo ha alcanzado un nivel de autonomía incuestionable, gracias al rigor conceptual, el esfuerzo metodológico en afinar sus herramientas de trabajo — en especial, en los casos de investigación empírica— y el reconocimiento del carácter situado de sus objetos de estudio, dado su anclaje a un contexto histórico y sociocultural que invita al esclarecimiento de la variabilidad geocultural de los afectos y las emociones (Dhondt—Mandolessi, 2022: 17-19). Por consiguiente, todos los elementos sensibles abordados se interpretarán como “prácticas culturales y sociales” (Ahmed, 2015: 32) cuya comprensión depende de la especificidad de cada uno de los contextos en que ellas se desarrollan.

Desde este planteamiento, cabe señalar que uno de los debates más significativos hasta la fecha ha girado en torno a la necesidad de diferenciar afectos y emociones. Por un lado, autores como Brian Massumi han señalado su pertenencia a distintos órdenes, de tal manera que, si el afecto condensa un hecho de intensidad, indeterminado, autónomo e inconsciente, “narrativamente des-localizado, expandiéndose sobre la superficie corporal generalizada” (1995: 85), la emoción sintetizaría “un contenido subjetivo, la fijación sociolingüística de la cualidad de una experiencia que [...] se define como personal” y, por tanto, consciente (1995: 88).<sup>3</sup> Por el contrario, otros investigadores han insistido en su empleo indiferenciado para sortear el hecho de que su segregación “sobredimensiona la libertad de los afectos y la fijeza de lo emocional” (Solana, 2020: 37); es decir, impide apreciar que la base libidinal del afecto está sujeta a condicionantes de tipo cultural que cuestionan la aparente espontaneidad de esa energía

---

<sup>2</sup> Entre los trabajos más importantes que exploran los afectos y las emociones en la academia hispana se pueden mencionar los volúmenes *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América Latina* (2012), editado por Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado y *Afectos y violencias en la cultura latinoamericana* (2022), editado por Reindert Dhondt, Silvana Mandolessi y Martín Zicari. También resulta especialmente significativa la aparición de las monografías *The Politics of Affect and Emotion in Contemporary Latin American Cinema: Argentina, Brazil, Cuba and Mexico* (2011), de Laura Podalsky y *En clave emocional. Cultura y afecto en América Latina* (2016), de Ana Peluffo.

<sup>3</sup> La traducción de las citas es nuestra.

pulsional del cuerpo. No obstante, estas discrepancias no han impedido que el número de emociones y afectos abordados hasta la fecha haya crecido de manera exponencial.

Aunque una panorámica exhaustiva de la bibliografía crítica precedente excede los límites de este trabajo, sí puede resultar útil citar algunos afectos y emociones ampliamente inspeccionados: el fracaso como una posición de apertura de las posibilidades de cooperación y creatividad frente las lógicas hegemónicas que asocian el éxito con determinadas situaciones profesionales, económicas o sexoafectivas (Halberstam, 2018); la depresión como un dispositivo incardinado en el gobierno neoliberal a través de situaciones que fomentan la competitividad entre los sujetos y el sentimiento de insuficiencia en quienes no alcanzan esos estándares (Cvetkovich, 2012); el “optimismo cruel” resultante de la adhesión a una serie de aspiraciones individuales y colectivas vinculadas con emociones positivas que generan como contrapartida situaciones de precariedad económica, social, laboral o psíquica (Berlant, 2020); la felicidad como una de dichas aspiraciones, convertida en “mandato moral” gestionado a través de la política y los medios de comunicación (Ahmed, 2019); el duelo como una experiencia negada a determinados cuerpos en situaciones de vulnerabilidad (Butler, 2007); pero también, más allá de la integración de los sujetos precarios en el mundo de la reproducción y el consumo, la esperanza como motor de pequeñas utopías concretas, ancladas en el presente histórico y proyectadas hacia el futuro gracias a su conexión activa con el pasado y lo que entonces fue considerado como un resto cultural (Muñoz, 2020).

Como cabría sospechar de este somero repaso, y a pesar de la mencionada autonomía alcanzada por esta área de trabajo, no se debe obliterar aquí la estrecha cooperación de los estudios del “giro afectivo” con otras teorías previas. Así, por ejemplo, es notable la frecuencia con la que se pueden encontrar alusiones al concepto de “deseo” de Gilles Deleuze y Félix Guattari; los análisis del capital de Karl Marx; los enfoques poscoloniales de Frantz Fanon; la crítica del poder de Michel Foucault o las aportaciones de Sigmund Freud y Jacques Lacan sobre la vida psíquica. A grandes rasgos, estas y otras referencias ineludibles en el estudio de los afectos y las emociones tratan de complejizar y afinar el examen sobre “las repercusiones que la gobernación neoliberal tiene no solo sobre la vida material, sino también sobre la vida afectiva” (Bernini, 2018: 165).

Asimismo, esta área de investigación también ha colaborado estrechamente con otros campos, como es el caso de los estudios de la memoria y el trauma, dada la importancia histórica que alcanzaron los procesos dictatoriales de los años sesenta, setenta y ochenta en el subcontinente americano.<sup>4</sup> Esta disciplina ha resultado de gran utilidad a la hora de afinar las herramientas metodológicas de los estudios sobre el afecto, en la medida en que parte de su material de trabajo es de naturaleza lingüística —testimonios escritos y orales—, del mismo modo en el que la representación artística y la investigación empírica sobre el mundo sensible depende de objetos de idéntico signo. Además, al igual que la capacidad de simbolizar a través del lenguaje resulta en muchas ocasiones insuficiente cuando el individuo experimenta una situación traumática (LaCapra, 2005), las expresiones discursivas del afecto —y también las

---

<sup>4</sup> Entre los trabajos colectivos más recientes que exploran la relación de los afectos, la memoria y el trauma pueden citarse *Pretérito Indefinido: afectos y emociones en las aproximaciones al pasado* (2015), editado por Cecilia Macón y Mariela Solana y *An Archive of Feelings. Trauma, Sexuality and Lesbian Public Cultures* (2003), de Ann Cvetkovich.

corporales— no se encuentran a salvo de una equivocidad de base que impediría en algunos casos fijar sus significados (Solana, 2020).

Por su parte, el estudio de las emociones permite profundizar en los resultados del trauma —como el duelo, la melancolía, la ansiedad o el shock—, considerándolos de modo global como “posafectos”, en la medida en que “permanecen en la cultura que no se ocupó de su herencia, en tanto trabajo sobre el pasado. Estos afectos se mantienen encriptados [...] haciendo evidente que no solo el dolor del trauma es transmisible, sino también los afectos derivados, como la culpa o la vergüenza que comprometen la transmisibilidad social en su conjunto” (Taccetta, 2016: 172). En consecuencia, lo que está en juego en la relación entre el “giro afectivo” y los estudios de la memoria y el trauma es la pervivencia del vínculo intersubjetivo, no solo porque el testimonio genera una “comunidad de duelo” (Sarlo, 2005: 67), sino también porque “el individuo [solo] recuerda cuando asume el punto de vista del grupo” (Halbwachs, 2004: 11).

Sin lugar a duda, otro de los diálogos más estrechos del “giro afectivo” en los países de habla hispana se ha producido en colaboración con el feminismo y los estudios queer. La reflexión crítica, además de reconsiderar el peso de los afectos en los procesos de conformación y desestructuración de comunidades en contextos de precariedad, ha servido al propósito de reconstruir los modos de socialidad desarrollados “en los intersticios de un orden social heterosexual, en el que provocan una fractura recurrente” (Bernini, 2018: 165).<sup>5</sup> Así, por ejemplo, el concepto “amistades queer” ha surgido para señalar el papel del afecto como motor de aquellos productos culturales —pensamiento crítico, medios de difusión alternativos, intervenciones artísticas, etc.— que emergen como resultado de la cooperación activa con sujetos marginalizados cuya alianza “le dará más importancia a los lazos afectivos [...] que a las exigencias de la ley, el régimen económico o el sistema político” (López Seoane, 2018: 62).

### 3. Una mirada al presente

Después de desplegar esta panorámica, resulta pertinente enfatizar un asunto que hasta ahora se ha deslizado de manera implícita en la reflexión previa; un rasgo que es, en rigor, una de las matrices explicativas de las sociedades del presente: la movilización estratégica de los afectos y las emociones con determinados fines relacionados con la gestión neoliberal de las poblaciones, a menudo de modo unilateral (Slaby—von Scheve, 2019: 17), es decir, traicionando la bidireccionalidad del sentido energético de todo vínculo sensible, mediante el cual afectar es ser afectado.

Así pues, al focalizar la mirada —y el resto de los sentidos— en el presente, se puede constatar que el fin de la promesa de crecimiento imparable en que ha derivado el capitalismo tardío tras las últimas crisis planetarias —estancamiento del crecimiento económico, agotamiento de los recursos naturales, desastre climático— ha dado como resultado la propuesta de nuevos imaginarios de lo ilimitado, entre los cuales lo emocional brilla con luz propia. En buena medida, el capitalismo en su etapa actual “sustituye la promesa fallida [...]

---

<sup>5</sup> Entre los trabajos colectivos más recientes que exploran la relación de los afectos, el feminismo o los estudios queer pueden citarse *Affect, Gender and Sexuality in Latin America* (2021), editado por Cecilia Macón, Mariela Solana y Naya Luz Vacarezza, y *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista* (2018), editado por Alba Pons Rabasa y Siobhan Guerrero Mc Manus.

por una gestión de las emociones constante e indefinida. En una sociedad caracterizada por la amenaza del fracaso, la gestión emocional de este fracaso es el único margen de acción y de resistencia” (Garcés, 2023: 48).

En un horizonte de esta naturaleza, no resulta extraño que la mayor parte de los estudios citados haya centrado sus esfuerzos en la reflexión acerca de la fragmentación y polarización social, la fragilidad de los vínculos sensibles o el repliegue del sujeto, justamente porque el elemento que determina los procesos de conformación y desestructuración de comunidades en las sociedades del siglo XXI es el mismo que condiciona su inestabilidad y fugacidad: los afectos y las emociones, especialmente aquellos como el miedo, la tristeza, el odio, la furia, el dolor o la melancolía. En líneas generales, los vínculos comunitarios “se originan en torno a eventos, ídolos, pánicos o modas: puntos focales más diversos que comparten el rasgo de una expectativa de vida más breve. No duran más tiempo que las emociones que las convierten en foco de atención” (Bauman, 2008: 53-54). Una matriz afectiva que, además, tampoco parece que pueda conservarse a salvo a través de la mediación tecnológica:

nuestra modernidad contemporánea hiperconectada parece estar marcada por la formación de lazos cuasisucedáneos o negativos: [...] relaciones caracterizadas por su duración efímera y por el nulo o escaso involucramiento del yo, generalmente desprovistas de emociones, y basadas en una suerte de hedonismo autotélico que gira en torno al acto sexual como el principal y único objetivo. En esta modernidad de redes, la renuencia a formar lazos se convierte de por sí en un fenómeno sociológico, en una categoría social y epistémica. (Illouz, 2021: 36)

Así pues, el individualismo como síntoma primordial abordado por las ciencias humanas y sociales desde la década de los setenta del siglo XX en adelante se perpetúa en el presente, entendido no como rivalidad sino como indiferencia del sujeto hacia la otredad, con la consecuente conversión de todas las realidades sociales al código de la subjetividad. De este modo, “[d]esconectando los deseos de los dispositivos colectivos, [...] el sistema invita al *descanso*, al descompromiso emocional” (Lipovetsky, 2017: 37). Desde este planteamiento, se genera una situación paradójica: si bien los afectos son los principales movilizados de agregación y vehiculan la mayor parte de los procesos de reconocimiento social, sin embargo, ellos comparecen en un grado de personalización tan elevado que la “relación pública neutra” del individuo con la otredad debilita su potencial emancipador. Así pues,

hombres y mujeres siguen aspirando a la intensidad emocional de las relaciones privilegiadas (quizá nunca hubo una tal “demanda” afectiva como en esos tiempos de deserción generalizada), pero cuanto más fuerte es la espera, más escaso se hace el milagro fusional y en cualquier caso más *breve*. [...] En todas partes encontramos la soledad, el vacío, la dificultad de sentir, de ser transportado *fuera de sí*. (Lipovetsky, 2017: 77-78)

En este marco, incluso una dinámica social tan aparentemente dissociada de lo sensible como el consumo ha sido ampliamente abordada desde estas coordenadas. De manera general, en cualquier etapa del capitalismo, el sistema “incorpora [el afecto] a su agenda y lo suscita, considerándolo como uno de sus dispositivos de venta y difusión más eficientes” (Fernández Porta, 2012: 40). Sin embargo, el rasgo genuino de la última fase del capitalismo es la coincidencia entre las emociones y muchos de los actos de consumo. Así pues, ya no se trata de sedimentar valores emocionales sobre determinados objetos —gracias a mecanismos como la publicidad—, sino de producir en el consumo la experimentación del efecto emocional que

se había prometido, adquiriendo así esta dinámica social un carácter performativo del que carecía (Illouz, 2019: 26-27). Como resultado de esta innovación, el consumo ya no genera en primer término un valor de distinción, como en las fases previas del capitalismo, sino un estado de satisfacción emocional privado (Lipovetsky, 2007: 37).

El relato del presente esbozado de manera sucinta en estas páginas parece revelar un escenario de catástrofe irreversible que no solo apuntaría ya a la crisis del planeta o del sistema capitalista, sino también a una crisis de la vida humana: “lo que se padece es una impotencia vinculada a la imposibilidad de ocuparse y de intervenir en las propias condiciones de vida. Es el fin del tiempo *vivable*” (Garcés, 2017: 20). Por consiguiente, la urgencia por repensar estas mismas circunstancias debe llevar implícita la pregunta acerca de la construcción de un marco de atenuación del elevado grado de personalización que se ha mencionado antes; es decir, ¿cómo desbordar una “relación pública neutra” del individuo con la otredad para recuperar el potencial emancipador de los afectos?

Sin ánimo de ofrecer respuestas conclusivas, un acuerdo explícito ha ido formulándose de manera paulatina: cualquier tentativa de reflexionar acerca de las posibilidades colectivas de resistencia a través de los afectos y las emociones debe empezar por el reconocimiento de la situación de interdependencia como rasgo estructural vehiculizado a partir de los múltiples contextos de vulnerabilidad psíquica y material experimentados en las sociedades del presente. De este modo, más allá de la reciprocidad del vínculo sensible, la eficacia de la inserción del individuo en esferas afectivas debe acompañarse de un proceso de negociación que nunca cesa a propósito del nexo que une a todos los cuerpos, más allá de su proximidad física (Butler, 2015: 48). Esta negociación, que implica una apertura de naturaleza sensible hacia la otredad, solo perdurará cuando ella permita una “desposesión” del individuo, entendida en los términos de una deslocalización: “el cuerpo se presenta para hablar y actuar pero también para correr el riesgo de sufrir y conmoverse, amén de para implicarse con otros cuerpos, moverse en un entorno del cual depende su existencia, establecer una organización social para la satisfacción de sus necesidades” (Butler, 2017: 91).

Estos principios, sin lugar a duda, introducen el elemento más importante alrededor del cual orbita el presente, un estadio de la vida humana cuya densidad ética ha dejado atrás, quizá de manera irrecuperable, la heteronomía moral. Hasta mediados del siglo XX, “[a] señalar la razón como la única facultad relevante para la evaluación moral de la acción, [se] daba por un hecho que la moralidad está *gobernada por reglas*” (Bauman, 2009: 65). Sin embargo, la preponderancia de la articulación de las dinámicas sociales a través del papel de las emociones y los afectos hasta límites inéditos —dada su expansión en la esfera del consumo o su cooptación por el capitalismo tardío como uno de sus imaginarios de lo ilimitado— conlleva un carpetazo a la heteronomía moral como nunca había ocurrido en la historia. Así, la sustancia ética del mundo, a través de las voluntades individuales, no deja de estar afuera del sujeto; sin embargo, el principio que la moviliza convoca a una negociación siempre abierta que se reactualizará en función de los actores que participen de ella. A partir de aquí, negar o asumir al otro como interlocutor será lo que determine si el afecto descomprometerá el mundo o permitirá, al contrario, un escenario de resistencia colectiva.

Ahora bien, si la ausencia de actos de negociación continua entre los actores sociales impide el florecimiento del potencial emancipador de los afectos y circunscribe la vida sensible de los sujetos a un entorno de emociones débiles, fugaces e inconsistentes para la estabilización

de alianzas que permitan sortear situaciones de precariedad, un contexto de negociación requiere de un nuevo reparto de las posiciones adjudicadas a cada sujeto en un sistema social determinado. Solo entonces se verá “el papel de los afectos en la vida pública cuestionando ciertos esquemas establecidos, tales como la distinción tajante entre la esfera pública y la privada, [o] la asociación entre sufrimiento y desempoderamiento/victimización” (Macón, 2013: 9-10). Así, por ejemplo, cuando una mujer afroamericana como Rosa Parks en el año 1955 decidió ocupar en un autobús un asiento reservado a personas blancas, realizó mediante este gesto un acto de emancipación donde lo sensible se situó en el centro de la negociación. De este modo, como afirma Jacques Rancière:

la emancipación es declararse capaz de aquello para lo que una determinada distribución de los lugares te niega la capacidad, declararse capaz de ello como un representante cualquiera de todos aquellos cuya capacidad es igualmente negada. La emancipación establece una idea de lo político [...] como un proceso de desidentificación, es decir de ruptura con un determinado estatus sensible, con un determinado lugar en el orden de lo visible y lo decible, en la distribución de lugares y tiempos. (Grelet—Lèbre—Wahnich, 2009: 12)<sup>6</sup>

Por tanto, después de establecer las coordenadas mínimas de cualquier movimiento de emancipación que asuma los afectos y las emociones como eje central de la acción, surgen de inmediato otros interrogantes: ¿cuántas posibilidades de negociación existen?; ¿acaso todas ellas demandan la presencia material del cuerpo?; ¿qué papel cumple el lenguaje oral y escrito en este marco de acción? Con el ánimo de responder de manera tentativa, se explorará a continuación una de las muchas vías de emancipación disponibles: la literatura; y en particular, el género del microrrelato.

#### **4. La literatura como “estructura de sentimiento”**

Para explorar el modo en que el microrrelato puede efectuar un nuevo reparto sensible de los papeles, posiciones, esferas y capacidades asignados a cada sujeto en un sistema determinado, quizá sea de utilidad comenzar a pensar la literatura a partir del concepto de “estructura de sentimiento”, acuñado por el crítico Raymond Williams en varias de sus obras, pero mejor precisada en *Marxismo y literatura* (1977). Frente al concepto de ideología, que remite a pensamientos y fenómenos más formalizados y a una comprensión de la cultura más estática, el concepto de “estructura de sentimiento” señala todas aquellas expresiones y valores de un tiempo histórico que aún no se han formalizado en discurso, pero que poseen la suficiente autoridad como para condicionar la experiencia y las dinámicas sociales cotidianas de los individuos.

Desde este planteamiento, la literatura tendría la capacidad de actuar como una materialización de esos valores emergentes experimentados y, por consiguiente, como una representación siempre tentativa de las relaciones sociales y cómo estas se ven modificadas por las dinámicas de tensión, afiliación o disyunción que los agentes individuales desarrollan en relación con dichas estructuras. Así, por ejemplo, mientras que la ideología en la era victoriana interpretaba como un fallo o desviación social fenómenos como el abandono de niños a causa de la pobreza o su naturaleza ilegítima, la estructura de sentimiento de la literatura de Charles

---

<sup>6</sup> La traducción de la cita es nuestra.

Dickens o Emily Brontë, por el contrario, empezaba a manifestar que este fenómeno era, en realidad, una condición general de la época y que la pobreza o la ilegitimidad eran solo “sus instancias conexas”, una perspectiva que solo con posterioridad se formalizaría en discurso ideológico (Williams, 2009: 151-152).

Esta breve descripción del concepto de “estructura de sentimiento” pone de relieve, en primer lugar, la naturaleza comunicacional del texto literario como soporte de la representación del entramado de las transformaciones y percepciones —aun de las más incipientes— de una comunidad dada e históricamente situada. En segundo lugar, otorga a la literatura capacidad de responder a las presiones que esas mismas transformaciones ejercen sobre el texto, no solo a través de la aparición de nuevas temáticas sino también de innovaciones formales. Por último, se trata de un concepto que concibe la experiencia social como totalidad, con sus elementos formalizados y emergentes, del mismo modo en que cabría pensar el género del microrrelato como “una narración plenamente satisfactoria y no [...] fragmento, anécdota, apunte o alusión” (Lagmanovich, 1999: 27).

Desde este planteamiento, cabría la posibilidad de reflexionar acerca de dos aspectos. Por un lado, si el microrrelato es capaz de definir “una cualidad particular de la relación y la experiencia social, históricamente distinta de cualesquiera otras cualidades particulares, que determinan el sentido de una generación o de un periodo” (Williams, 2009: 179). Por otro lado, si acaso determinadas transformaciones sensibles en la experiencia societal de las últimas décadas tienen la capacidad “de ejercer presiones palpables y de establecer límites efectivos sobre la experiencia y sobre la acción” (Williams, 2009: 180), encontrándose la literatura entre ellas como acto comunicacional.

Por consiguiente, se trataría de abordar el microrrelato como una de las modalidades de acción comunicativa que responde a las contradicciones culturales que las transformaciones sociales comportan en un momento histórico determinado, a través de propuestas focalizadas en la representación de emociones y afectos que demandan que el lector se enfrente a los cambios en la percepción de los vínculos experimentados en la totalidad social. Asimismo, esta exploración permitirá poner el acento en la performatividad no solo del lenguaje sino también del afecto, ya que “si consideramos que discurso y afecto no son excluyentes sino co-constitutivos, podríamos preguntarnos qué hacen las emociones ante este estado del mundo. Y qué hacemos nosotros con ellas” (Arfuch, 2016: 253). Así pues, lo que haga la literatura con las emociones y los afectos —qué acciones ponga en marcha o qué disposiciones de la escritura trastoque— será solo una más de las inflexiones que adoptará la pregunta por el vínculo sensible, en una época en que ha cobrado un súbito interés no la facultad del texto literario para conmover al lector, sino “la idea de que el arte es disfrutable (y valioso por ello) porque es capaz de afectar [...] al público” (Littau, 2022: 20).

## **5. El microrrelato y los afectos**

En virtud de lo expuesto, son varias las razones que invitan a observar el microrrelato como un idóneo laboratorio de las “estructuras del sentimiento” del presente. Baste señalar, de partida, que el auge del microrrelato se produce en simultaneidad con la irrupción del pensamiento y el arte posmodernos, gracias a que características como el escepticismo, la disolución de la idea de obra cerrada, la fragmentación, el privilegio de los márgenes o el humor permitirán revisar

la tradición y marcar una distancia con el presente que posibilite experimentar con las incipientes transformaciones del nuevo contexto sociohistórico, filosófico y epistemológico (Noguero, 2010: 80-84). No en vano, el potencial del microrrelato para conectar con el presente le ha valido la consideración de “género emblemático del siglo XXI” (Andrés-Suárez, 2013: 21), cuando no de “escritura más característica del tercer milenio” por su afinidad con la renovación de las estructuras literarias en el entorno digital (Zavala, 2004: 70).

Por otra parte, uno de los rasgos más debatidos del microrrelato ha sido la brevedad y su atributo como causa (Roas, 2010; Andrés-Suárez, 2012: 22) o consecuencia (Valls, 2012: 10) del resto de los aspectos formales del género. Sin ánimo de alimentar la discusión teórica a este respecto, lo que se pone de manifiesto aquí es la coincidencia de la proliferación de las formas breves con la aceleración de los procesos de producción, acumulación y circulación de bienes de consumo y conocimientos en las sociedades del presente, relación entendida bien por la semejanza de sus elementos —la aceleración del tiempo requeriría de formas más breves para consumir— (Lagmanovich, 2005: 16), bien por su disimetría —el disenso y la lentitud que demanda el proceso de lectura del microrrelato en relación con la aceleración del mundo— (Valls, 2012: 17).

Y sin abandonar la definición genológica de esta forma extrema de la brevedad, David Roas apela a la pragmática para resaltar como distintivo el “necesario impacto sobre el lector” (2010: 14). Quizá como en ningún otro género ese impacto generado en el proceso de lectura ha sido responsable de su codificación teórica, a juzgar por la apelación de Lauro Zavala al “goce de estas ficciones” en el prólogo de su libro *Cartografías del cuento y la minificción* (2004: 11) y por la confesión de Francisca Noguero en el prólogo de la antología *Universos menudos*, en el que recuerda que conocer estas ficciones mínimas la sumergió en “los veneros más gozosos de la experiencia literaria” (2023: 16).

Con todo, aunque el prisma de los afectos no ha motivado aún un amplio desarrollo crítico en torno al microrrelato, sí han surgido algunas aportaciones significativas. Entre ellas, en un artículo pionero, Miguel Gomes repara en las “tonalidades afectivas” (2014: 241) de la obra de Antonio López Ortega y Raúl Brasca, y aprecia en ellas una pulsión moderna ante una posmodernidad que habría disuelto cualquier nexo entre la estética y el afecto (2014: 231). Más recientemente, la investigación de Marcin Kołakowski pareciera recoger y amplificar la apreciación de Roas sobre el proceso lector al centrar su trabajo en la “estilística afectiva” (2022: 100) con el propósito de analizar los efectos que la lectura de los microrrelatos de la autora española Patricia Esteban Erlés tiene sobre el receptor.

Pero el microrrelato posibilita otras múltiples aproximaciones al “giro afectivo”, en buena medida gracias al potencial expresivo de la extrema condensación de todos sus recursos estructurales. Así, la tenue “caracterización psicológica” de los personajes, que son “raramente descritos, en muchas ocasiones anónimos” (Roas, 2010: 14) permite operar, traicionando las expectativas del lector, una reinterpretación fundamentada en la inclusión de afectos y emociones no contemplados en los relatos de la tradición, a la que se apela por vía de la intertextualidad —a menudo establecida como “diálogo paródico con otros textos” (Roas, 2010: 14)—. En la medida en que las expectativas del receptor vienen marcadas por el contenido de cada obra, toma relevancia también el papel del desenlace, que en el microrrelato tiende a ser “sorpresivo y/o enigmático” (Roas, 2010: 14). Así se aprecia, por ejemplo, en la pieza “Cenicienta I”, del libro *Casa de Geishas* (1992), de Ana María Shua: “A las doce en punto

pierde en la escalinata del palacio su zapatito de cristal. Pasa la noche en inquieta duermevela y retoma por la mañana sus fatigosos quehaceres mientras espera a los enviados reales. (Príncipe fetichista, espera vana)” (Shua, 2007: 70). Del mismo modo, la experimentación lingüística —el “discurso sustituido” para Lagmanovich (2005)— puede ser otra vía de entrada de afectos y emociones ligadas a deconstruir los relatos de la tradición e incluso los vínculos familiares mediante el empleo de la ironía, la parodia y el humor, tal y como sucede en “Una sola carne”, de Armando José Sequera: “Tan pronto el sacerdote concluyó la frase ...y formaréis una sola carne, el novio, excitado, se lanzó a devorar a la novia” (en Lagmanovich, 2005: 223). Y por lo que respecta a los diálogos, que en el microrrelato están “ausentes si no son extremadamente significativos y funcionales” (Roas, 2010: 14), pueden ser un recurso privilegiado de inclusión de afectos y emociones debido al hecho, ya comentado, de que afectar es ser afectado, teniendo en cuenta, además, la naturaleza no solo física sino también discursiva de las emociones. Sirva como ejemplo “Una pasión en el desierto”, del libro *Tren de historias* (1998), de José de la Colina:

El extenuado y sediento viajero perdido en el desierto vio que la hermosa mujer del oasis venía hacia él cargando un ánfora en la que el agua danzaba al ritmo de las caderas.

—¡Por Alá —gritó—, dime que esto no es un espejismo!

—No —respondió la mujer, sonriendo—. El espejismo eres tú.

Y

en un parpadeo de la mujer

el hombre desapareció. (en Lagmanovich, 2005: 205)

Al tratarse de una forma literaria en la que predominan la experimentación intertextual, metaficcional, humorística y lingüística, en ocasiones puede quedar opacada la intención crítica del microrrelato en lo que respecta a las situaciones más próximas a la cotidianidad y los vínculos afectivos y emocionales que la articulan. En este sentido, Fernando Valls defiende la necesidad de que el microrrelato se escriba, más allá del “escepticismo de su pensamiento”, no solo desde postulados narrativos, sino al calor de la crisis política, social, laboral, económica y cultural (2012: 18), lo que queda patente en títulos como “Este tipo es una mina”, de Luisa Valenzuela; “El tamaño del miedo”, de Triunfo Arciniegas; “Estado de perversión”, de Pía Barros o “Un crimen” de Luis Mateo Díez.

Desde este planteamiento, conviene retomar la figura del lector de microrrelatos —y, en particular, el placer que experimenta alrededor del proceso de lectura— para determinar el alcance del impacto de los afectos más allá del goce discursivo y de la emoción que tradicionalmente se ha asociado con estas ficciones: la risa. En buena medida, esta respuesta sensible ocupa el lugar central en la pragmática del microrrelato gracias al empleo de técnicas y recursos como la ironía y la sátira. Estos, además, demandan un esfuerzo imaginativo y reflexivo que imprime con frecuencia una demora en el momento de aparición de la risa, rasgo ausente cuando el receptor se sitúa frente a otras formas narrativas o visuales como el chiste o el gag (Brasca, s/f: s/p).

Sin embargo, esta falta de inmediatez no es únicamente un precipitado lateral de la selección léxica o el uso de determinadas técnicas. En realidad, el comedimiento de la risa del lector de minificciones —que rara vez deriva en una carcajada— disfraza un rasgo constitutivo de esta emoción: el desorden de la concepción del mundo que el microrrelato opera, gracias a

una visión crítica de la realidad que rehúye una percepción feliz o complaciente de la condición humana. Ante esta situación, cabría pensar el microrrelato como “uno de los mejores ejemplos de una bien entendida concepción hedonista de la literatura [...] como contrapeso para tanta desdicha como nos ofrece diariamente el mundo de hoy” (Lagmanovich, 2009: 91).

Por ello, más allá de la risa, conviene averiguar el modo en que el microrrelato piensa esta “desdicha” empleando la representación de los afectos, devolviendo al mundo sensible la relevancia en el proceso de recepción literaria que los discursos racionalistas a partir del siglo XVIII le negaron bajo la creencia de que impedía el cultivo de la autonomía crítica del individuo (Littau, 2022: 21). Se trata, en definitiva, de atender la multiplicidad de cauces a través de los cuales las emociones nos interpelan en el texto literario creando un espacio de diálogo colectivo:

Una mañana nos regalaron un conejo de Indias.

Llegó a casa enjaulado. Al mediodía le abrí la puerta de la jaula.

Volví a casa al anochecer y lo encontré tal como lo había dejado jaula adentro, pegado a los barrotes, temblando del susto de la libertad. (Galeano, en Lagmanovich, 2005: 248)

Frente un microrrelato como este, publicado por Eduardo Galeano con el elocuente título “El miedo”, es difícil no advertir una llamada al orden a propósito de la parálisis generalizada que sufren los ciudadanos ante la crisis política, social, económica y cultural en el presente, al mismo tiempo que se plantea la necesidad de reflexionar sobre las condiciones de posibilidad de un marco más allá de ese miedo.

Así pues, en el empleo de las emociones y los afectos, en realidad, subyace la petición de volver a pensar sobre la responsabilidad del pacto literario en un momento en que lo sensible ha logrado reincorporarse como matriz del oficio de la escritura, la lectura y la crítica. No se trata, sin embargo, de evaluar el vínculo moral, político o social entre el escritor y el lector como un acuerdo personal. Por el contrario, la responsabilidad a la que aquí se alude comparece en virtud de un fenómeno que no se puede elidir: “la igualdad de los dos agentes intervinientes, el que habla y el que escucha, respecto a la materia sobre la que el acto literario se levanta: el lenguaje común” (Bértolo, 2021: 149).

En tanto que el lector no puede dejar de reconocer este espacio en virtud del uso de las palabras —el verdadero patrimonio común—, la interpelación del texto resultará más difícil de ignorar. Asimismo, en la medida en que ese discurso interseque con el léxico del afecto, más sencillo resultará incorporar a la respuesta ineludible del lector la sustancia sensible que toda acción individual y colectiva vehicula, incluso cuando la representación de las emociones —cuestión de la que el “giro afectivo” también deberá dar cuenta— comparece con el signo de una ausencia:

Los empleados permanecían colgados de la pared como abrigos viejos hasta que algún jefe los necesitaba y los descolgaba, les quitaba el polvo acumulado con un plumero azul, y los ponía a trabajar junto a la máquina correspondiente de reproducción de empleados.

A veces, sobre aquellos que no se utilizaban se acumulaba una gruesa capa de polvo, que los transformaba en una masa amorfa indistinguible de la pared desconchada.

Algunos de ellos, momificados, eran vendidos a los arqueólogos, que investigaban indicios de restos humanos en las reproducciones de empleados europeos del año 2022 después de Cristo. (Otxoa, 2023: 194)

Tras la lectura de este microrrelato de Julia Otxoa, titulado “Perchero”, la risa irónica aparece en todo su esplendor. Ahora bien, si la primera labor de la crítica literaria del presente es disputarle el control al “dueño actual de las palabras: al poder económico, al mercado y a sus profetas” (Bértolo, 2021: 181), no se podrá dejar de advertir que la inteligencia y la honestidad de esta minificción reside justamente en lo que falta: los afectos y las emociones. Y solo cuando se haya decidido si esta ausencia o “desdicha” interpela o no y de qué manera al lector se logrará una aproximación real al deseo de transformación de las dimensiones del espacio común que habitamos.

## 6. Microsismos

Para profundizar en las vías de resistencia y de transformación que la literatura encuentra en el microrrelato, y para reflexionar en torno a la representación literaria de los afectos y de las emociones en la narrativa hiperbreve no puede haber un mejor marco que *Lejana. Revista Crítica de Narrativa Breve*. Con ese ánimo, el dossier “Microsismos: los afectos en el microrrelato hispánico” reúne cinco artículos que conjugan diversas perspectivas teórico-críticas con un despliegue analítico que abarca, con un enfoque transatlántico, siete décadas de la literatura en español.

En el artículo que abre este número monográfico, “La representación de los afectos y las emociones en los microrrelatos de Augusto Monterroso y su impacto en los lectores”, An Van Hecke (KU Leuven) evoca la metáfora del relámpago para introducir el análisis de una de las más fulgurantes figuras del microrrelato: Augusto Monterroso. La analogía empleada por Armando José Sequera, que destaca la brevedad, intensidad y concisión del microrrelato, se revela no solo fecunda para abordar la poética monterrosiana sino, en concreto, para articular un marco teórico que en la conjunción del giro afectivo y la teoría de la recepción permita comprender el efecto que causa la lectura de los microrrelatos, tanto por las emociones que ocultan o involucran como desde las reacciones creativas que impulsan. De este modo, destaca el análisis de “El dinosaurio” como creador de una suerte de *tradición del dinosaurio* en la que se cuentan el escritor Diego Muñoz o el ilustrador Frank Arbelo, amén de todos los críticos, periodistas y lectores afectados por su microsismo emocional.

A continuación, Liliana Tozzi (Universidad Nacional de Córdoba) contribuye con “Postales de un mundo cruel: miradas (micro)cósmicas en la obra de Esther Andradi” a delimitar la reflexión teórica en la que concurren el microrrelato y el “giro afectivo” subrayando la correspondencia entre las claves poéticas del género, los discursos del presente y la conformación de núcleos afectivos. En el centro de esos ejes, los textos reunidos en *Microcósmicas* se analizan como muestras privilegiadas de la resistencia que la literatura ofrece ante un orden opresor, ya se manifieste en la forma de la destrucción capitalista, ya como el dominio de ubicuos poderes autoritarios, patriarcales o coloniales. Como fractales de la crueldad que nos atenaza, además, los microrrelatos de Andradi profundizan en el carácter performativo de los afectos, tanto en el plano diegético, al motivar reacciones en los personajes o avances de la acción, como desde el punto de vista de la recepción, por sus efectos sobre el lector.

Ampliando la perspectiva histórica del corpus de estudio, Natalia Candorcio Rodríguez (Universidad Rey Juan Carlos) firma “La literatura en la reapropiación del trauma de «los niños

asombrados». El caso de *Los niños tontos* (1956) de Ana María Matute”. El marco de los afectos se vincula en este caso con los estudios de la memoria, y en concreto, con las “memorias postraumáticas”, para abordar los lazos que unen el trauma y la infancia. Si hablamos de un horizonte de resistencia en el trabajo literario sobre las emociones y los afectos, el impacto y el asombro que produce la guerra civil abre una línea de trabajo imprescindible. El potencial afectivo de los microrrelatos de Matute, como demuestra el análisis, reside en la coherencia manifiesta entre la evocación infantil de los sucesos trágicos y la precariedad remota, y los motivos y recursos lingüísticos puestos en funcionamiento y resignificados ya desde la mirada adulta. Con ese alineamiento, la literatura adquiere la trascendencia de la palabra que desafía al poder.

En “Del humano al objeto y del objeto a lo humano: disoluciones afectivas del yo en la microficción hispánica contemporánea”, Jorge Arroita (Universidad de Salamanca—Universidade de Coimbra) y Carmen Rodríguez Campo (Universidad de León—GEIGHd/IHTC—Università degli Studi di Torino) parten de una consideración dual de la brevedad, entendida como la suma de condensación y extrañamiento. Desde este punto de arranque, definen diversos mecanismos de la *animalización*, la *monstrificación* y el *devenir-objeto* que encierran una reflexión sobre la identidad y la memoria, la infancia y el pasado. En estos procesos, lo objetual adquiere simbólicamente la carga de las respuestas afectivas ante el dolor, la melancolía, la tristeza, la pérdida o la frustración, como se apreciará en el análisis de un variado corpus de la literatura en español en el que se integran Cecilia Eudave, Santiago Eximeno, Alejandro Barrón, María Tena, José María Merino, Enrique Jaramillo Levi, Miguel Saiz Álvarez y Patricia Esteban Erlés.

El número se cierra con “Lo horrisono en «Las voladoras» de Mónica Ojeda”, de Charlotte Legardien (Universidad de Lieja). La teoría de los afectos se observa ahora en relación con esas sociedades del presente atravesadas por la violencia y por una de sus terribles consecuencias: la permanencia del miedo. En concreto, “Las voladoras” manifiesta tal emoción en confluencia con el sentido del oído, lo que permite llevar a cabo un análisis minucioso de las manifestaciones sonoras de toda una constelación sensible asociada al horror: los llantos, los zumbidos y los jadeos. Al contrario de lo que podría pensarse, estos elementos acústicos no exhiben en el relato los efectos de las emociones; antes bien, son señales de alarma que buscan prevenir a los personajes del inminente peligro. La vergüenza, el nerviosismo o el terror, en cambio, se manifiestan igualmente a través del cuerpo, pero por otros sentidos o reacciones que serán asimismo analizados revelando cómo la concisión de la obra potencia su resonancia emocional.

En suma, el propósito de este dossier es el establecimiento y desarrollo tentativos de un marco crítico de utilidad para reflexionar en torno a las posibilidades de creación y resistencia desde los afectos y las emociones, materiales de una inestabilidad palpable en cada uno de los trabajos aquí reunidos. Por este motivo, se ha querido honrar la fluctuación y el desequilibrio inherentes a la capacidad sensible a través de la idea del *microsismo* que titula este proyecto.

Cuando Aristóteles desarrolló su teoría sobre los sentidos, señaló la existencia de un elemento del contacto, al que denominó *membrana*, que no pertenecía al sujeto ni al objeto implicados, pero permitía experimentar la sensación de lo inmediato (2003: 207). Sin embargo, aunque resulte imperceptible, la fricción que imprime esta membrana introduce un inevitable

desfase en la inmediatez, hecho que el filósofo griego comprende en los términos de una vibración que transforma las cosas y lo seres en contacto.

La existencia de un movimiento de oscilación de esta naturaleza es tan solo el primer peldaño que conduce a la comprensión de lo inasible de las emociones. En la medida en que, siguiendo a Raymond Williams, la literatura tiene la capacidad de representar narraciones emergentes, aún no formalizadas en discurso, no parece insignificante imaginar los sentidos de quien escribe atentos a las múltiples vibraciones de los afectos residuales que oponen su resistencia a la narración dominante en la espesura de un conjunto social determinado.

Toda esta larga cadena de temblores y fluctuaciones remite, en último término, a una idea de violencia —más tamizada, aunque acechante, en respuestas sensibles como la risa, pero evidente en otras formas de contacto como el erotismo o el miedo— que no es refractaria a la escritura. Si el empleo del lenguaje común reviste de responsabilidad a quien escribe, no es menos cierto que la literatura es un acto de violencia en virtud de la desigualdad que demanda: el silencio del lector. No obstante, si al escritor “se le permite ese acto de violencia [...] es por el interés de la comunidad, que es la poseedora real de las palabras” (Bértolo, 2021: 170).

La supervivencia de este vínculo comunitario, de hecho, reside en la sustancia misma de los afectos y las emociones. Como el propio Aristóteles señaló, la presencia imperceptible de la membrana no solo posibilita la apariencia de la inmediatez del contacto; además, pone a cada ser *fuera de sí*, lo transforma (2003: 146-147). Esta apertura hacia lo otro, esta desposesión, es el fruto del diálogo inconcluso al que este dossier ha querido darle, con responsabilidad, algunas palabras conscientes de la necesidad de comprender los textos literarios como pequeños sismógrafos que señalan *nuestro* paso por el mundo.

## Bibliografía

- AHMED, Sara (2015): *La política cultural de las emociones*. Trad. Cecilia Olivares Mansuy. México, Universidad Nacional Autónoma de México—Centro de Investigaciones y Estudios de Género.
- (2019): *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Trad. Hugo Salas. Buenos Aires, Caja Negra.
- ANDRÉS-SUÁREZ, Irene (ed.) (2013): *Antología del microrrelato español (1906-2011). El cuarto género narrativo*. Madrid, Cátedra.
- ARFUCH, Leonor (2016): “El «giro afectivo»: Emociones, subjetividad y política”. *DeSignis: Publicación de la Federación Latinoamericana de Semiótica*, 24: 245-254.
- ARISTÓTELES (2003): *Acerca del alma*. Trad. Tomás Calvo Martínez. Madrid, Gredos.
- BAUMAN, Zygmunt (2008): *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Trad. Mirta Rosenberg—Jaime Arrambide. México, Fondo de Cultura Económica.
- (2009): *Ética posmoderna*. Trad. Bertha Ruiz de la Concha. Madrid, Siglo XXI de España.
- BERLANT, Lauren (2020): *El optimismo cruel*. Trad. Hugo Salas. Buenos Aires, Caja Negra.
- BERNINI, Lorenzo (2018): *Las teorías queer. Una introducción*. Trad. Albert Tola. Barcelona, Egales.
- BÉRTOLO, Constantino (2021): *La cena de los notables*. Cáceres, Periférica.

- BRASCA, Raúl (s/f): “¿Por qué tomarla en chiste? El resbaladizo terreno de la microficción humorística”. *a. Verare. Revista Online de Psicoanálisis y Diálogos Interculturales*, s/n: s/p. Disponible en: [https://docs.wixstatic.com/ugd/b1fbb8\\_2619f80cf2364d80af90db2f1c2efb4b.pdf?index=true](https://docs.wixstatic.com/ugd/b1fbb8_2619f80cf2364d80af90db2f1c2efb4b.pdf?index=true)
- BUTLER, Judith (2007): *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Trad. Fermín Rodríguez. Buenos Aires, Paidós.
- (2015): *Cossos que encara importen / Bodies That Still Matter*. Trad. Ferrán Ràfalos. Barcelona, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.
- (2017): *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Trad. María José Viejo. Barcelona, Paidós.
- CVETKOVICH, Ann (2012): *Depression. A Public Feeling*. Durham, Duke University Press. DOI: <https://doi.org/10.2307/j.ctv11smrx4>
- DHONDT, Reindert—MANDOLESSI, Silvana (2022): “Hacia una crítica afectiva de la violencia”. En Reindert Dhondt—Silvana Mandolessi—Martín Zicari (eds.): *Afectos y violencias en la cultura latinoamericana*. Madrid—Frankfurt am Main, Iberoamericana—Vervuert: 13-47. DOI: <https://doi.org/10.31819/9783968693088-002>
- ELIAS, Norbert (1994): *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Trad. Ramón García Cotarelo. México, Fondo de Cultura Económica.
- FERNÁNDEZ PORTA, Eloy (2012): *€@O\$. La superproducción de los afectos*. Barcelona, Anagrama.
- FREUD, Sigmund (1973): “El malestar en la cultura”. *Obras Completas. Tomo III*. Trad. Luis López Ballesteros y de Torres. Madrid, Biblioteca Nueva: 3018-3067.
- GARCÉS, Marina (2017): *Nueva ilustración radical*. Barcelona, Anagrama.
- (2023): *El tiempo de la promesa*. Barcelona, Anagrama.
- GOMES, Miguel (2014): “Después del «pos»: microcuento y vocación afectiva”. En Carlos E. Paldao—Laura Pollastri (eds.): *Entre el ojo y la letra. El microrrelato hispanoamericano actual*. Nueva York, Editorial Academia Norteamericana de la Lengua Española: 229-247.
- GRELET, Stany—LÈBRE, Jérôme—WAHNICH, Sophie (2009): “Insistances démocratiques: entretien avec Miguel Abensour, Jean-Luc Nancy & Jacques Rancière”. *Vacarme*, 48: 8-17. DOI: <https://doi.org/10.3917/vaca.048.0008>
- HALBERSTAM, Jack (2018): *El arte queer del fracaso*. Trad. Javier Sáez. Barcelona, Egales.
- HALBWACHS, Maurice (2004): *Los marcos sociales de la memoria*. Trad. Manuel Antonio Baeza—Michel Mujica. Barcelona, Anthropos.
- ILLOUZ, Eva (2019): “Emodities o la invención de los commodities emocionales”. En --- (coord.): *Capitalismo, consumo y autenticidad. Las emociones como mercancía*. Trad. Stella Mastrangelo. Buenos Aires, Katz: 7-41.
- (2021): *El fin del amor. Una sociología de las relaciones negativas*. Trad. Lilia Mosconi. Madrid, Katz. DOI: <https://doi.org/10.2307/jj.15478387>
- KOŁAKOWSKI, Marcin (2022): “Entre el giro afectivo, los estudios de género y la narratología: *Casa de muñecas* de Patricia Esteban Erlés”. *Moderna Språk*, I/116: 98-118. DOI: <https://doi.org/10.58221/mosp.v116i1.6934>

- LACAPRA, Dominick (2005): *Escribir la historia, escribir el trauma*. Trad. Elena Marengo. Buenos Aires, Nueva Visión.
- LAGMANOVICH, David (ed.) (1999): *Microrrelatos*. Buenos Aires—Tucumán, Cuadernos del Norte y del Sur.
- (ed.) (2005): *La otra mirada. Antología del microrrelato hispánico*. Palencia, Menoscuarto.
- (2009): “El microrrelato hispánico: algunas reiteraciones”. *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, 9: 85-95.
- LIPOVETSKY, Gilles (2007): *La felicidad paradójica*. Trad. Antonio Prometeo Moya. Barcelona, Anagrama.
- (2017): *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Trad. Joan Vinyoli—Michèle Pendax. Barcelona, Anagrama.
- LITTAU, Karin (2022): “Una arqueología del afecto: lectura, historia y género”. En Nattie Golubov (ed.): *El placer de la lectura: cuerpos, afectos, textos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México—Centro de Investigaciones sobre América del Norte: 19-35.
- LÓPEZ SEOANE, Mariano (2018): “Amistades queer”. En Diego Falconí Trávez (ed.): *Inflexión marica. Escrituras del descalabro gay en América Latina*. Barcelona—Madrid, Egales: 59-71.
- MACÓN, Cecilia (2013): “*Sentimus ergo sumus*: el surgimiento del «giro afectivo» y su impacto sobre la filosofía política”. *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, II/6: 1-32.
- MARX, Karl (2017): *El Capital. Crítica de la economía política I*. Ed. Pedro Scarón. Madrid, Siglo XXI.
- MASSUMI, Brian (1995): “The Autonomy of Affect”. *Cultural Critique*, 31: 83-109. DOI: <https://doi.org/10.2307/1354446>
- MUÑOZ, José Esteban (2020): *Utopía queer. El entonces y allí de la futuridad antinormativa*. Trad. Hugo Salas. Buenos Aires, Caja Negra.
- NOGUEROL, Francisca (2010): “Micro-relato y posmodernidad: textos nuevos para un final de milenio”. En David Roas (comp.): *Poéticas del microrrelato*. Madrid, Arco Libros: 77-100.
- (2023): “Universos menudos: microrrelatos en español”. En --- (ed.): *Universos menudos. Antología de microrrelatos en español*. Bogotá, Editorial Aula de Humanidades: 15-20.
- OTXOA, Julia (2023): “Perchero”. En Francisca Noguerol (ed.): *Universos menudos. Antología de microrrelatos en español*. Bogotá, Editorial Aula de Humanidades: 194.
- PRECIADO, Paul B. (2022): *Dysphoria mundi. El sonido del mundo derrumbándose*. Barcelona, Anagrama.
- ROAS, David (2010): “Sobre la esquivada naturaleza del microrrelato”. En --- (comp.): *Poéticas del microrrelato*. Madrid, Arco Libros: 9-42.
- SARLO, Beatriz (2005): *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- SLABY, Jan—VON SCHEVE, Christian (2019): “Affective Societies – Key Concepts”. En --- (eds.): *Affective Societies. Key Concepts*. Abingdon, Routledge: 1-24. DOI: <https://doi.org/10.4324/9781351039260>

SHUA, Ana María (2007): *Casa de geishas*. Barcelona, Thule Ediciones.

SOLANA, Mariela (2020): “Afectos y emociones: ¿una distinción útil?”. *Diferencia(s). Revista de Teoría Social Contemporánea*, 10: 29-40.

TACCETTA, Natalia (2016): “Posafectos traumáticos. Desde el vacío de representación al pathos transformador”. *Mora*, 22: 165-178. DOI: <https://doi.org/10.34096/mora.n22.3942>

VALLS, Fernando (2012): “Pirañas de agua salada”. En --- (ed.): *Mar de pirañas. Nuevas voces del microrrelato español*. Palencia, Menoscuarto: 9-32.

WILLIAMS, Raymond (2009): *Marxismo y literatura*. Trad. Guillermo David. Buenos Aires, Las Cuarenta. Recuperado de: <https://elsudamericano.wordpress.com/>

ZAVALA, Lauro (2004): *Cartografía del cuento y la minificción*. Sevilla, Renacimiento.

© José Antonio Paniagua García

© Sheila Pastor



<http://ojs.elte.hu/index.php/lejana>

Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Español, 1088 Budapest, Múzeum krt. 4/C